

Autor: Eduardo O'Connor – Triempo, Institución Psicoanalítica

Título: Del Amor a la Transferencia

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

---

¿No hemos escuchado en más de una oportunidad que “el amor es dar lo que no se tiene”? Ó esa otra proposición que reza “servir al amor, para servirse de él, sirviéndolo. ¿Serán éstas acaso, otras nuevas versiones sobre de las dificultades de decir algo definitorio respecto del amor?

Si Lacan nos invitó a buscar la estructura de la transferencia en el Banquete, es sin dudas porque allí, esta encerrado un misterio que va mucho más allá de las meras dificultades del decir algo puntual respecto de él.

Al otro lado de los discursos que se pronuncian en el Banquete a favor del olvidado dios Eros, Lacan nos invita a encontrar el entramado de la transferencia en la entrada de Alcibíades.

Cuando éste llega a la casa de Agatón, ya todos habían pronunciado sus discursos alrededor del amor; inclusive el propio Sócrates quien en sus dichos, se substituyó a las palabras de Díotima para decir sobre el mito del origen del Amor; Mito que relata el nacimiento de éste en brazos de su madre Aporía, la “sin recursos” y de su padre Poros, que si lo tenía. Es por este lado que Sócrates introduce la Falta, después de haber interrogado y dejado sin recursos al propio Agatón. Es de este mito que Lacan se toma para decir que el “Amor es dar lo que no se tiene”. Es de Aporía, la sin recursos, la falta, que nace el amor.

Al presentarse Alcibíades totalmente borracho y adornado con cintas en su cabeza, todo cambia; se ubica sin saberlo, entre Agatón y Sócrates, dado que estas cintas habían tapado sus ojos. Podríamos localizar en este rincón del relato, los fragmentos del primer diván; no por los cómodos almohadones en los que reposaban, sino porque en ese instante podríamos decir, el campo de la mirada es retirado para darle paso al de la palabra. A partir de la presencia de Alcibíades de lo que se tratará será de alabar a aquel que esta a la derecha de cada uno.

Comienza Alcibíades refiriéndose a Sócrates, haciendo mención a las palabras de éste, de las que dice sentirse poseído, y a tal punto esto es así, que lo compara con

los Silenos y al sátiro Marsias, ése que despertaba los celos de los mismísimos dioses por el magnetismo de su canto.

Alcibíades delata a Sócrates en publico, al contar el fracaso de su empresa, ese intento de que Sócrates aceptara la conveniencia de convertirse en su amante y él Alcibíades, en su amado; pero fue en aquella ocasión que su intensión quedó al descubierto y le fue devuelta, le retornó como su pretensión de “cambiar Oro por Cobre”. Pretensión que al serle devuelta, lo ubicó en posición de amante, sujeto de la falta. Lo no sabido para Alcibíades era que él ya estaba ahí, en tanto que amante. Sócrates allí muestra en acto su lugar como vacío. Él sabe no tiene esas Agalmas.

Alcibíades en el final de su discurso, al intentar prevenir a Agatón de los trastornos que le causará el amor de Sócrates, es sorprendido por las palabras de este último, quien le interpreta, apoyado en lo dicho por él, que su verdadero objeto de amor está en Agatón.

Entonces ¿En qué consiste este pasaje de amado en amante?

Es en esa “a”, que va del amor a la transferencia en donde debemos ubicar lo que hace posible el cambio de posición. Esa “a” con la que el discurso psicoanalítico designar al objeto en tanto falta, objeto a, Agalma, de la que el analista es semblant. Estructura del amor, de la que se sirve Lacan para dejar a la luz este concepto, que causa la transferencia.

Cuando Alcibíades clama por esas palabras de Sócrates, de las que dice sentirse poseído, es porque éstas son la envoltura que aloja ese objeto para él.

Recordemos que Sócrates dice estar vacío, que en nuestros términos es falta.

No podemos dejar de lado que en esa reunión de viejas locas, como así los llama Lacan, se estaba agasajando a Agatón, el amado de Sócrates, quien en su opinión, estaba lleno de Agalmas. La estrella, quien brillaba esa noche, era Agatón.

Dice Lacan: “Pero Alcibíades, él, desea siempre la misma cosa. Lo que busca en Agatón, no duden Uds. de ello, es ese mismo punto supremo donde el sujeto se abole en el fantasma, sus agálmatas”. Nosotros podríamos agregar: Ser amado.

Si Lacan se sirve del banquete es porque ahí se puede palpar esa terceridad, y esto solo será posible en la medida que, como Sócrates, sepamos que el deseo es falta.

En ese mismo seminario Lacan nos dice que el único acceso permitido que tenemos al cuerpo del paciente es por vía del significante, ya que cualquier otro, más que

contribuir a la transferencia, funcionaría como ruptura de la regla fundamental. Regla que invita al analizante a decir todo lo que se le ocurra, y cuyo efecto será llevarlo ante las puertas de la falta: ¿Pero para qué llevarlos hasta allí?, ¿Para enseñarles a amar, para cuidarlos, para educarlos?

Desde el momento en que el Sujeto sin castrar, Sujeto mítico queda afectado por el significante, éste rompe el orden natural, el orden biológico, lo que implica que el objeto queda trastocado. El objeto será ese resto, el producto de esa entrada al universo simbólico. Es un objeto que va a implicar tanto al Sujeto como al Otro; está en el medio. De esta operación se puede desprender entonces las dos posiciones del objeto "a". Una en relación con el deseo del Sujeto, objeto causa y la segunda con relación al Otro ya barrado, que será el objeto de la angustia

La experiencia del análisis se funda en la palabra y la voz es aquello en la que estas se sustentan. Pero será necesario que dichos significantes sean emitidos para que allí haya un corte. El analista será semblant de objeto causa en tanto emita, lleve, transfiera en su decir, esas palabras que no son de él, sino del Otro y que resuene en lo no sabido.

Que Alcibíades este poseído por las palabras de Sócrates no es una mera casualidad, sino que estas "trans-portan" ese significante que lo representa en tanto Brillo.

Si la fibra más íntima de la transferencia Lacan la ubica en la entrada en tanto borde, es porque ésta muestra en lo que hace al deseo, que éste nada tiene de armónico, de equilibrado, de complementario, ni de natural; si no preguntémosle a Alcibíades.